

Ultima etapa

ANTOLOGIA DE
LA CIENCIA FICCION
DEFINITIVA



La presente antología ha sido confeccionada en base a los que se han considerado los once temas principales de la ciencia ficción. Los escritores que mejor habían tratado anteriormente cada uno de los temas han intentado aquí agotarlos, llevarlos a sus últimas consecuencias. Aldiss, Anderson, Asimov, Dick, Harrison, Koontz, Malzberg, Pohl, Reed, Silverberg y Tiptree establecen así la ÚLTIMA ETAPA de un camino de más de medio siglo de duración.

La ciencia ficción ha alcanzado madurez suficiente como para reflexionar sobre el trecho recorrido; de esta reflexión surgirán, sin duda, nuevos estímulos, nuevas perspectivas, nuevos —y lejanos— horizontes.

A Joyce, que compartió el esfuerzo, y a Audrey.

Contenido

Presentación. Última etapa, primera etapa, por Carlo Frabetti.

Introducción, por Edward L. Ferman y Barry N. Malzberg.

Sobre los antologistas.

PRIMER CONTACTO

Compramos gente (We Purchased People, 1974) por Frederick Pohl.

LA EXPLORACIÓN DEL ESPACIO

Los exploradores del Voor (The Voortrekkers, 1974) por Poul Anderson

INMORTALIDAD

Grandes Giras de Evasión, S. A. (Great Escape Tours, Inc., 1974) por Kit Reed

ESPACIO INTERIOR

Esquemas para tres narraciones enigmáticas (Diagrams for Three Enigmatic Stories, 1974) por Brian W. Aldiss

ROBOTS Y ANDROIDES

¿Qué es el hombre? (...That Thou Art Mindful of Him, 1974) por Isaac Asimov

NIÑOS EXTRAÑOS

Nosotros tres (We Three, 1974) por Dean R. Koontz

SPACE OPERA

Ratas espaciales del CCC (Space Rats of the C.C.C., 1974) por Harry Harrison

UNIVERSOS ALTERNOS

Viajes (Trips, 1974) por Robert Silverberg

LA MÁQUINA INCONTROLADA

El maravilloso y polivalente transmógrafo (The Wonderful, All-Purpose Transmogriker, 1974) por Barry N. Malzberg

DESPUÉS DEL HOLOCAUSTO

El humo de su cuerpo se elevó para siempre (Her Smoke Rose Up Forever, 1974) por James Tiptree, Jr.

VIAJE POR EL TIEMPO

Algo para nosotros, temponautas (A Little Something for Us Tempunauts, 1974) por Philip K. Dick

PRESENTACIÓN

Última etapa, primera etapa

Es probable que al lector le haya parecido un tanto pretencioso el título, o mejor dicho el subtítulo de este libro. ¿Cómo puede nadie intentar hacernos creer que ha llevado a cabo una antología «definitiva», y menos en un campo tan esencialmente abierto y evolutivo como la ciencia ficción?, se preguntarán algunos. Si la ciencia ficción es, por definición, la narrativa que siempre va un paso (o varios, o muchos) más allá de las borrosas fronteras de la realidad presente, que siempre se aventura más allá de la mudable línea de nuestro horizonte, ¿no es un contrasentido el mero hecho de hablar de ciencia ficción «definitiva»?

De ahí el entrecomillado irónico, pues si la ciencia ficción no ha llegado a su cúspide evolutiva, a su «última etapa» en sentido literal, sí que ha alcanzado ya, por lo menos, la suficiente madurez como para cuestionarse a sí misma y, eventualmente, reírse de sí misma.

Tal vez esta antología debería titularse, o mejor dicho subtitularse «autoanálisis de la ciencia ficción» o, como concesión a los amantes de indiscreciones y sensacionalismos, «la ciencia ficción se confiesa», o, en plan más académico (si la ciencia ficción tuviera algún interés en ponerse en plan académico, que afortunadamente no lo tiene), algo así como «aproximación a un examen autorreflexivo del estado evolutivo actual de la ciencia ficción a través de sus temáticas fundamentales».

«Definitiva» es más corto, más sutil, casi igual de pedante y si se leen atentamente las comillas, más expresivo (y, en cualquier caso, más comercial). Es una forma de decir precisamente que en la ciencia ficción no hay nada definitivo, que cada «última etapa» es siempre la primera de otra cosa. Y es, sobre todo, un excelente pretexto para que once de los más destacados escritores de ciencia ficción actuales se enfrenten con los temas clásicos del género y nos ofrezcan, de paso, sus reflexiones sobre los mismos.

De modo que si no se trata de una antología «definitiva» en el sentido literal (y alegrémonos de que una tal antología sea imposible), de lo que sí puede estar seguro el lector es de que tiene en sus manos una antología «definitoria», que, con todos los riesgos e imperfecciones de cualquier definición (y, sobre todo, con su inevitable —y estimulante— provisionalidad), le suministrará una visión autorizada, sugestiva, inquietante y bastante amplia del estado actual del género, a través de sus grandes temas y sus grandes autores.

CARLO FRABETTI

INTRODUCCIÓN

El presupuesto de esta antología es que la ciencia ficción —esa rama literaria medio bárbara y medio civilizada— se asienta sobre unos once temas clásicos que, barajados de distintas formas, constituyen los cimientos de la mayor parte de las obras del género. Al igual que las diez o veinte aperturas y defensas básicas del ajedrez, estos temas a que nos referimos pueden dar lugar a combinaciones afortunadas de gran belleza, o bien, en manos de escritores mediocres, a lamentables y tediosos tópicos.

Estos temas básicos se los encomendamos, por encargo directo, a los más famosos escritores de ciencia ficción. Dichos autores fueron seleccionados atendiendo no sólo al reconocido valor de su obra publicada y a su talento, sino pensando en la adecuación de cada uno de ellos para la empresa de escribir una narración «definitiva» sobre el tema asignado. Así, Isaac Asimov, el creador de las «tres leyes de la robótica», contribuye con la narración maestra sobre robots y andróides. Y Poul Anderson —de cuyas obras nació la expresión *hard science fiction* (es decir, rigurosa desde el punto de vista tecnológico)—, escribe sobre la exploración del espacio.

A cada colaborador se le pidió también que escribiese un apéndice a su narración comentando el tema que se le había asignado, junto con una lista de novelas y relatos que incluyera: a) obras que él considerase como clásicos en el tema, b) obras que hubieran podido influir en su relato concreto para esta antología, y c) por lo menos una de sus propias obras^[1].

Esperamos haber conseguido así una verdadera antología de piezas definitivas: relatos que llevan estos temas básicos hasta sus últimas consecuencias, dentro del estado actual del género. Relatos que son al mismo tiempo como un punto final y un punto de partida.

Punto final porque la ciencia ficción ha crecido tanto que en muchos aspectos ha trascendido sus propios orígenes y, así, parece que es un buen momento para confirmarlos.

Punto de partida porque estos relatos, lejos de *rematar* ninguno de los temas que abordan, vienen por el contrario a ilustrar su infinita y diversa complejidad, su amplio abanico de posibilidades.

Esto es lo que hace de la ciencia ficción de nuestros días quizá el último reducto en el que, por muy lleno que esté, aún tiene cabida la ficción misma.

BARRY N. MALZBERG
EDWARD L. FERMAN

SOBRE LOS ANTOLOGISTAS

Edward L. Ferman es el editor de *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*. Bajo la dirección de Ferman esta publicación ha ganado en cuatro ocasiones el Premio Hugo de la Convención Mundial de Ciencia Ficción a la mejor revista del género. Edward L. Ferman nació en Nueva York en 1937. Actualmente vive con su mujer y su hija en el noroeste de Connecticut.

Barry N. Malzberg es autor de varias novelas y de más de un centenar de relatos cortos de ciencia ficción. Su *Beyond Apollo* ganó en 1972 el premio del John W. Campbell Memorial para la mejor novela de ciencia ficción, y sus obras han aparecido en más de treinta antologías. Malzberg nació en Nueva York en 1939. Está casado, tiene dos hijas y reside en New Jersey.

PRIMER CONTACTO

COMPRAMOS GENTE

POR
FREDERICK POHL

Fue el 3 de marzo cuando aquella persona comprada que se llamaba Wayne Golden tomó parte en unas conversaciones comerciales celebradas en Washington como representante de la raza dominante de la estrella Groombridge. Su misión era vender la licencia de las patentes básicas de un aparato capaz de transformar los desechos de las plantas nucleares en células de petróleo. Era una buena oferta y tenía el mercado esperando. La mitad del estado de Idaho estaba literalmente inundado de materiales de desecho radiactivo, por lo que los americanos estaban ansiosos de obtener la patente, y él la vendió por un crédito de cien millones de dólares. Al día siguiente tomó el avión hacia España. Durante todo el viaje, pudo dormir tumbado sobre dos asientos, sujeto con el cinturón de seguridad, en el departamento de primera clase del «Concorde».

El día 5 de aquel mismo mes usó parte del crédito obtenido por la venta de la patente para comprar quince óleos de Picasso pintados sobre lienzo, la cinta audiovisual de una representación de flamenco y un clavicordio del siglo XV, sobredorado y con las patas talladas. Se las arregló para que fuesen bien embalados y enviados a Orlando, en Florida. Luego, la mercancía sería lanzada desde Cabo Kennedy en un viaje interestelar que duraría más de doce mil años. Los groombridgianos planeaban las cosas en grande y no tenían prisa. El cohete de lanzamiento Saturno V costaba ya por sí solo once millones de dólares. No importaba. Había dinero de sobra con lo obtenido por Groombridge.

El mismo día 5 de aquel mes Golden regresaba a los Estados Unidos, hacía transbordo en el aeropuerto de Logan, en Boston, y llegaba temprano a su redil en Chicago. A partir de aquel momento se le concedían ochenta y cinco minutos de libertad.

Sabía muy bien cómo utilizar mis ochenta y cinco minutos. Esto nunca era un problema. Cuando se trabaja para alguien que es el dueño de uno, no queda mucha elección sobre lo que se puede hacer, pero al menos, y hasta cierto punto, uno puede pensar lo que quiera. Eso que nos meten en la cabeza sólo controla nuestras acciones, pero no nos cambia, o por lo menos yo creo que no. De todas formas, ¿cómo podía saber si me habían cambiado?

Mis dueños nunca me mintieron. Nunca. No creo que supieran lo que era una mentira. Si hubiese necesitado alguna prueba de que no eran humanos, este hecho hubiera sido suficiente, aunque yo sabía que vivían a ciento treinta trillones de kilómetros de distancia, cerca de una estrella que yo no puedo ver siquiera. No me dicen mucho, pero no mienten.

Y esto de que no mientan le hace a uno preguntarse cómo son. No quiero decir físicamente. Esto lo descubrí en la biblioteca una vez que disponía de un par de horas libres. No recuerdo bien dónde fue, quizá en la Biblioteca Nacional de París, pero de todas formas no pude leer lo que estaba escrito en aquella lengua. Sin embargo, vi las fotografías y los hologramas. Recuerdo muy bien el aspecto físico de mis dueños. Dios mío. Los altairianos son como una especie de arañas, y los sirianos parecen cangrejos. Pero los seres de la estrella Groombridge, éstos sí que son algo increíbles. Durante mucho tiempo no pude contener la náusea que sentía cuando pensaba que me había vendido a unas criaturas que a lo que más se parecían era a un ovillo de gusanos sobre una herida abierta. Por otra parte, están

tan lejos que todo lo que tengo que hacer es recibir sus mensajes por subradio y obedecer lo que me dictan. No tenemos que tocarnos ni nada semejante, de modo que ¿cómo puede importarme el aspecto que tienen?

Pero ¿qué clase de criaturas son éstas, que no dicen nunca más que la verdad, nunca cambian de idea y nunca hacen una promesa que no vayan a cumplir? No son máquinas, ya lo sé, pero tal vez ellos sí piensan que yo soy una especie de máquina, y ¿quién iba a molestarse en mentirle a una máquina? Tampoco a una máquina se le hacen promesas. Ni favores. Ellos nunca me los hacen. No me dicen que puedo tener ochenta y cinco minutos libres porque haya hecho algo que ellos deseaban, o porque quieren complacerme, o desean algo de mí. Bien pensado, esto es una tontería. ¿Qué podrían desear? Yo no tengo elección alguna. En nada. Así que no mienten, ni amenazan, ni sobornan, ni recompensan.

Pero, por alguna razón que ignoro, a veces me dan algunos minutos y hasta horas o días libres. Y esta vez disponía de ochenta y cinco minutos. Empecé a usarlos en seguida, como hago siempre. Lo primero que hice fue mirar en la consola de localización para ver dónde estaba Carolyn. El empleado de localización —que no ha sido comprado, sino que trabaja a sueldo y nos trata como si fuésemos basura— me conoce bien ya.

—Qué lástima, Wayne —me dijo con esa falsa amabilidad y esa hipócrita simpatía que hace que tenga ganas de matarle—, por un pelo no te has encentrado con tu amiga. La viste el miércoles, ¿no es eso? Pero ya se ha marchado.

—¿Adónde? —le pregunté yo.

En lugar de contestarme en seguida, barajó durante un rato las tarjetas sobre el panel de localización. Sabe que no dispongo de mucho tiempo y me hace perder el mayor número de minutos posible. Luego dijo:

—No. No la encuentro en mi sección. ¿No estará con aquel grupo que se fue a Pekín? ¿O era aquella otra gorda

con los pechos como calabazas la que se fue?

No me entretuve en matarle.

Si no estaba en el panel de control, es que no estaba tampoco a ochenta y cinco minutos de posibilidad de transporte, de modo que mis ochenta y cinco minutos —setenta y nueve ya, solamente— no me permitirían reunirme con ella.

Fui a los mingitorios, oriné rápidamente y salí a la calle, bajo aquel viento helado de Chicago en marzo, con objeto de usar mis setenta y nueve minutos. Setenta y un minutos ahora. Hay un restaurante mexicano bastante bueno cerca del redil, tan sólo un par de manzanas después de pasar Ohio. Allí me conocen. Y no se preocupan de quién soy. Quizá no les preocupa la chapa de metal que llevo en la cabeza porque piensan que es magnífico lo que estas criaturas de las estrellas están haciendo por nuestro mundo, o tal vez es porque doy buenas propinas. ¿Qué otra cosa podría hacer con el dinero que recibo? Me asomé, le dirigí un silbido a Terry, el encargado del bar, y le dije:

—Lo de siempre. Estaré de vuelta dentro de diez minutos.

Luego caminé hasta Michigan, me compré una camisa limpia y me cambié, dejando la sucia que llevaba. Sesenta y seis minutos. En el *drugstore* de la esquina compré un par de libros porno y me los metí en los bolsillos. También compré cigarrillos, me incliné y besé la mano de la cajera, que era delgada y rubia y olía muy bien; se quedó mirándome sorprendida. Volví al restaurante, justo a tiempo de ver cómo Alicia, la camarera, ponía el gazpacho y dos botellas de cerveza sobre mi mesa. Cincuenta y nueve minutos. Me senté dispuesto a saborear mi tiempo. Fumé y comí y me bebí la cerveza, dando chupadas al cigarrillo entre dos bocados y bebiendo entre dos bocanadas de humo. Es algo que realmente se saborea con delicia, cuando se está trabajando para alguien y uno no es su propio dueño. No quiero decir con esto que no nos dejen comer cuando esta-